



DOÑA INES DE CASTRO, CUELLO DE GARZA.
DE PORTUGAL.

A La Reyna de los Cielos,
que con excelencias tantas
se coronò de laureles,
para llevarte la palma.
Aquella que Ave Divina
te remontò bella Garza
à lo mas alto del Cielo,
à donde està colocada,
le suplico, que me preste
una pluma de tus a'as,
para que escriba mi ingenio
la crueldad mas inhumana,
y la lastima que lloran
en bronce, y marmol estatuas.
En esse lucido Reyno
de la gente Lusitana
nació un Principe famoso,
à quien diò nombre la fama
de cruel que para serlo
le dieron bastante causa.
Por gusto del Rey su Padre
con una Infanta de España
casó el Principe famoso

con grandeza soberana,
y à Portugal con su Reyna
pasó por tu Dama una Dama,
cuya hermolura por grande
te igualò con tu desgracia.
Era Doña Inès de Castro,
va lo he dicho, que esto basta.
Muró luego en Portugal
la Princesa Castellana,
sintió Portugal su muerte
tanto como le tocaba,
y el Principe se porró
con grandeza para honrarla,
y soslegada la pena,
que el tiempo todo lo acaba,
fa'ió para divertirse
al jardin, como estilaba,
donde diò vista à una fuente
de una f.brica tan rara,
que era toda de alabastro,
como una taza de plata,
y al espejo de tus ojos
viò reclinada en las aguas,

que en los frigidis cristales
al espejo se miraba.
Llegó el Principe à la fuente,
porquè el fuego butea al agua,
y mirando su hermosura,
quedó su vista abrasada,
y à su cariñoso estylo
volvió Doña Inès la cara.
Quedó el Principe helado,
y Doña Inès quedó helada,
bebiendose los alientos
por los ojos hasta el alma.
El fuego venció à la nieve,
y derritiendo la caula,
que aprisionaba su lengua,
resido el Prncipe le habla.
Palabra le dió de esposo,
prometiendole coronarla
por Reyna de Portugal.
Y la Dama cortesana
con justo agradecimiento
su candido jazmin saca.
Dióle la mano de esposa,
y en feè de mano, y palabra
se casaron en secreto
con union muy voluntaria,
y temiendo, que su Padre
esta accion les estorvara,
para que mas se ocultasse,
del Real Palacio la saca,
apoyentando su hechizo
en una Quinta, que estava
convecina del Mondego.
Y su Padre, que ignoraba
los labtes, que he referido,
tratò luego con Navarra,
atribuyendo lo à dicha,
el casarlo con su Infanta.
Concediólo el Rey Navarro,
y la Infanta Doña Blanca,

acompañada de Grandes
de su Corte, y de su casa,
palsó à Lisboa, causando
mil penas eslabonadas.
Visitó el Principe al Rey,
el qual le ordena, y le manda,
que pues ha de ser su esposo,
visite à Doña Blanca.
Obedecióle Don Pedro,
y recibióle la Infanta
con cariñosos cortejes,
y el Principe así le habla:
Ilustrissima Señora,
cierto me holgara en el alma
escusar vuestro disgusto,
y el mio, por ser causa
de los presentes desayres
en que os miro estimulada:
Mas supuesto que es preciso
vuestra pena declararla,
rompa mi voz el silencio,
pues ya no puedo ocultarla.
Casè, Señora, en Castilla
primera vez con la Infanta
por el gusto de mi Padre;
pero pues no està ignorada
la dicha de estos principios,
palsèmos à la substancia:
Quando mi querida esposa
palsó à Portugal de España,
vino asistiendola entonces
una bellissima Dama,
una hermosura, un prodigio,
perdone me el albarla
vuestra Alteza en su presencia,
que su belleza informarla
me importa, porque disculpe
temeridades offadas,
quando advertida conexas
de estos extremos la causa)

Es

Es, en fin, por abreviar
Doña Inès Cuello de Guzi,
tan Garza, que su hermosura,
y discrecion remontada,
por ser un Cielo, es el centro
de la gloria de mi alma.
Vió a mi vista, y perçóla,
pues me la robó su gracia,
solicitó su hermosura,
y favoreció mis ansias,
tanto, que logré la dicha
de gozar premios por paga.
Ya Doña Inès es mi esposa,
que està conmigo casada,
su esposo soi tan gustoso,
que à mi dicha no le iguala
la mayor dicha del mundo,
porque es mi dicha tan alta;
y así podrá vuestra Alteza
volverte luego à Navarra,
que se lo Inès ha de ser
en Portugal coronada.
Fue el Principe, y quedó
en blanco la triste Blanca,
dando à los ojos licencia,
para que tristes lloraran
la pena que padecia.
Y el noble Rey de Navarra
sintió con grandes extremos
el desayre de su hermana.
Mandó, que al arma tocassen
las trompetas, y las caxas,
y los fuertes Capitanes
se pusessen en campaña
con exercitos valientes,
bien prevenidos de armas,
hasta ver de Portugal
la Corona derribada,
que para recuperar
el agravio de su hermana

129
solo pretende ponerla
por alfombra de sus plantas.
Sondó el clarín belicoso,
cruxió el parche de las caxas,
pebóse el campo de picas,
de mosquetes, y alabardas,
y con fieros Estandartes,
y vanderas tremoladas
le puso sitio à Lisboa,
y temiendo su arrogancia,
el Portuguès pidió treguas,
y à sus Consejeros llama,
y puesto en el Trono a tivo
su consejo les demanda.
Era el uno Egas Coello,
y Alvar Gonzalez llamaban
à el segudo Consejero,
y el consejo que le daban
fue, que Doña Inès de Castro
muricisse, que era la causa
de las guerras que su muerte
era de mucha importancia:
El Rey repli.ó que no,
que era tyrania ingrata.
Replicaron los traydores,
que perderia su fama,
y juntamente su vida,
y Corona peligraba.
Y en fin, tyranos, alevés,
tantos riesgos alegaban,
que baxó desde su Trono
el Rey, dexando firmada
de Doña Inès la sententia
que muricisse degollada.
A el Principe aseguraron
en la prision de un Alcazar
se partieron à Coimbra,
donde Doña Inès estava.
Aqui la mano me tiembla,
aqui la pluma se para,

aqui

aquí el pulso titubea,
y la lengua aprisionada
entre penas, y tormentos,
no pronuncia lo que habla.
Le leyeron la sentencia
à aquella cordera mansa,
à aquella que imitó à Abèl
entre el furor, y la saña
de tan ingratos Caïnes,
y vestida de mil ansias,
rociaron sus auroras
perlas, que en la filigrana
de sus hermosas mejillas
se miraron esmaltadas,
y sentada en una silla,
las manos atrás le atan.
Llegó el tyrano homicida,
cubrió su Cielo una vanda,
cortó el ingrato cuchillo
su bellísima garganta.
Quedó aquí la nieve roxa,
aquella Luna eclipsada,
aque Sol todo nublado,
aquella luz apagada,
aquella Estrel'a sin rayos,
aque'l lucero sin Alba,
sin purpura aquella Rosa,
aque'l clavel sin fragancias,
aque'l jazmin deshojado,
y sin cuello aquella Garza.
Abaridos ya sus vuelos,
y remontada su fama,

murió Doña Inès de Castro,
Dios le dé gloria à su alma,
y entre hermosos Parainfos
le eternize con cada:
y el Principe mas amante,
quando supo la desgracia,
los amorosos extremos
digalo por mi la fama:
y desmintiendo la noche
con la luz de cien mil bachas,
le hizo entierro solemne
desde Coimbra à Alcobaza,
donde sobre su cabeza
puso la Corona sacra,
y luego todos sus Grandes
besaron la mano blanca:
hizo que todo su Reyno
por su Reyna la jurara.
Y à los ingratos traydores
por las traydores espaldas
arrancó los corazones,
porque su culpa pagaran:
emplazado murió el Rey,
para dar cuenta tan larga.
Quedó Doña Inès sin vida,
y los traydores sin alma,
y quando supo el suceso,
levantó el sifio Navarra,
y el Principe sin consuelo
queco llorando mil ansias.
Rendido pide el ingenio
perdon de las muchas faltas.

Con licencia: En Cordoba, en la Imprenta de Don Juan
de Medina, Plazuela de las Cañas, donde se hallará
de todo genero de furtimiento.